

**padres
y madres
viejos •**

Una buena encarnación

Hortensia Moreno

En marzo de este año, mi madre cumplió 89 años. Antes de este momento, tenía yo muy pocas razones para reflexionar acerca de la vejez.

Dar el viejazo

Hay una escena en *La muerte le sienta bien* (*Death Becomes Her* de Robert Zemeckis, 1992) que me puede arrancar carcajadas incontenibles: una de las heroínas de la cinta, interpretada por Meryl Streep —la actriz en ese momento tiene 43 años—, va manejando su automóvil en una noche de tormenta; suenan y relumbran relámpagos y truenos. De pronto, Streep mira por el espejo retrovisor y suelta un grito escalofriante. No la amenaza un monstruo ni ha visto un fantasma; lo que la hace estremecer es su propia imagen. Hay algo más que frivolidad en el grito, incluso en el contexto de la oda a la frivolidad que consigue orquestar esa divertidísima película: la todavía rutilante estrella de la pantalla representada por Streep acaba de dar el viejazo. No puede haber nada más aterrador para alguien cuya principal fuente de realización, riqueza y reconocimiento está en el cuerpo.

En una película de Juan Manuel Torres, seguramente de la década de 1970, la protagonista, personificada por la espectacular Mercedes Carreño, se toma una foto cada día —*close-up* en blanco y negro—, la revela y la imprime en tamaño carta. Dice que quiere ver cómo envejece. Supuestamente, la secuencia fotográfica permitiría percibir algo que la mirada cotidiana oculta con misericordiosa ternura: así como no oímos crecer la hierba, tampoco nos vemos envejecer. El instante parece detenerse en el peculiar medio fotográfico; no obstante, el ejercicio tiene que ser la evidencia más objetiva y palpable del paso del tiempo: en el momento en que se cierran las laminillas del obturador, la modelo ha dejado de ser la persona que quedó retratada en la imagen. Así, día con día, la mujer fotografiada es un día más vieja que su última foto.

La vejez no se va instalando en forma paulatina, con la tersura de un atardecer tropical y veraniego. No se va una volviendo vieja dulce y suavemente, instante tras instante a lo largo de los años, con tiempo para hacerse a la idea o ir tomando provisiones. No. La vejez llega de un día para otro, como un pariente incómodo que se presenta sin previo aviso y acampa en medio de la sala sin preguntar. No ocurre tal cosa como que una se dé cuenta minuto a minuto, semana a semana, mes con mes, de los pequeños cambios, del deterioro gradual que se refleja en la insensible profundización de las arrugas, en la multiplicación de las canas, en la paulatina pérdida del entusiasmo. Sino todo lo contrario: un día, el viejazo te golpea como con un bat. Puede ser porque viste tu semblante en el retrovisor, tu reflejo en una vidriera o una fotografía; puede ser a causa de cualquiera de las miles de imágenes que nos pueblan en cámaras, teléfonos y computadoras.

La imagen, vista al azar, acusa una extraña familiaridad que nos llama la atención y nos hace exclamar: pero ¿quién es esa mujer tan acabada? Y sólo después de un momento de indecisión nos damos cuenta de que esa imagen nos pertenece: soy yo. Una mujer que representa exactamente la edad que tiene. Ni un día menos. La revisión cotidiana en el espejo es cómplice de nuestra complacencia. Nos dice lo que queremos oír: espejito, espejito, ¿quién es la más bonita? No nos deja ver lo que está ocurriendo con descarada impunidad en nuestra apariencia. Creemos que un poco de maquillaje aquí, un poco de tinte acá, un color en la blusa, un pliegue en la falda, seguirán haciendo la magia. Y por eso la imagen nos golpea como un mazazo, porque nos seguimos sintiendo de dieciocho cuando estamos a punto de cumplir sesenta años.¹

Ese extrañamiento respecto de nuestro propio rostro —el que lleva a Streep a gritar de horror— no nos es ajeno al común de los mortales. A mí me pegó un día mientras me miraba en el espejo.

Soy miope como topo. Por lo tanto, esto de ver siempre ha sido un tema para mí. Desde los nueve años, los anteojos son mi única posibilidad de llevar una vida razonablemente funcional. Los días más difíciles que puedo recordar de mi existencia han estado marcados por la infame mancha de la pérdida o la rotura de mis lentes; sin ellos no puedo hacer nada. Desde que tengo algún control sobre el asunto, procuro guardar en el lugar más seguro de mi casa unos de repuesto para no sufrir el horror

¹ Es muy probable que esta figuración esté anclada en el reemplazo hormonal.

de no ver. Sin lentes estoy prácticamente lisiada. Mi par de gafas de culo de vaso es lo primero que me pongo al despertar y lo último que me quito cuando ya estoy metida en la cama.

Sin embargo, ver a través de mis lentes nunca ha significado ver bien. Veo bastante mal —como "fuera de foco"— y estoy acostumbrada. En el cine, me acomodo, cuando muy atrás, en la tercera fila. En la vida real, procuro moverme siempre por los mismos lugares y, no lo niego, padezco la incertidumbre de si la micro que viene allá por la esquina es la que me llevará a mi destino. Pero se puede vivir en esta ciudad sin saber qué dice el letrero donde va el nombre de esta calle o aquella avenida, entre otras cosas, porque ese letrero suele faltar en las zonas donde más se necesita.

Quizás esa cortedad de vista sea una de las mejores explicaciones de mi vida profesional: la miopía es incluso cómoda cuando una trabaja leyendo. Y luego, desde que se me declaró francamente la presbicia, traigo puestos los lentes para ver de cerca durante la mayor parte del día; es sólo cuando tengo que abandonar el seguro reducto del escritorio y aventurarme por el mundo exterior cuando me pongo los de ver de lejos.

Para acabarla de amolar, durante varios años —como de 2000 a 2010— sostuve la misma graduación en mis anteojos (ya entonces con más de diez dioptrías en cada lado), con la extrañísima idea de que mi falta de visión era un asunto irremediable y simplemente yo no podía ver bien de lejos (porque de cerca veo de manera aceptable, aunque siempre a través de la cristalina magia de mis lentes). Hace poco fui a mi consulta más o menos anual con el oftalmólogo y me hizo un examen de agudeza visual; resultó que había una diferencia muy severa entre aquella graduación y la que requieren mis ojos. Con la nueva prescripción, me mandé a hacer lentes nuevos.

De modo que de pronto veía a través de la graduación más precisa que haya yo tenido en alrededor de una década. Mi vida mejoró en ciertos aspectos y empeoró en otros: ahora ya sé que la micro en que voy subida es precisamente la que va para mi casa; pero no puedo leer ni siquiera el menú en el restaurante sin hacer un aparatoso cambio de lentes. Y, sobre todo, no estaba preparada para el susto que me llevé una mañana durante el rato que transcurro frente al espejo, mientras me peino o me cepillo los dientes. El grito y el espanto se me hicieron presentes el día que me encontré frente a frente con mi imagen en el espejo, después de casi una década, cuando me miré con la nueva graduación. Ese fue el mazazo. El batazo. Porque con mis otros lentes yo me reconocía cada mañana y me encontraba muy bien, fresca y lozana como una muchacha. No me había dado cuenta de cuánto

se me nota que soy una señora de más de 55 años (57, para ser exactas, desde junio pasado).

Desde luego, el efecto de visión clarísima pasó muy pronto. Hace semanas que no veo eso. Es decir, a pesar de que me sigo mirando más o menos detenidamente y cada vez con mayor curiosidad, no he vuelto a gritar de asombro porque, aparentemente, ya me acostumbré a mi cara de cincuentona. La complacencia cómplice de nuevo. Y me encuentro francamente encantadora.

Esta flagrante manifestación de la vejez no solamente sucede cuando nos vemos a nosotras mismas; más bien dicho, nos ocurre mucho más a menudo con los demás. Ocurre cuando dejamos de ver a alguien durante demasiado tiempo. La imagen que conservamos de esa persona se mantiene de la misma edad, como una foto. Pero la persona cambia en relación directamente proporcional con el transcurso del tiempo. Es lo que nos hace exclamar: ¿qué te pasó?, ¿te picaron las abejas africanas? Lo cual puede sonar poco cortés, pero es muy explícito respecto de la sorpresa que nos abruma ante esa apariencia indudablemente conocida, pero tan diferente de la que permanecía en nuestra memoria.

Y ocurre también con la gente demasiado cercana, a la que vemos tan a menudo que la dejamos de ver: nuestras amigas, nuestra familia. Hasta que un día noto con sorpresa inenarrable que mi hermanita, la nena, dejó de ser una niña hace muchos años.

El malestar en la denominación

Hace tiempo me pregunto cuándo y cómo fue que "viejo/a", "vejez", "anciano/a", "senectud" o "decrepitud" se volvieron malas palabras. Pareciera como si el prestigio y el honor que les correspondieron en otras épocas —o quizá solamente en mi muy personal imaginario— se hubiesen convertido en oprobio e ignominia. Busco pistas en el diccionario de sinónimos y encuentro, para "viejo", entre otros (muchos), los siguientes adjetivos y sustantivos: vejestorio, carcamal, caduco, rancioso, senil, ruinoso, arruinado, derruido, anticuado, primitivo, estropeado, deteriorado, raído, acabado, achacoso, ajado, chocho, derrotado, marchito y fiambre. Desde luego, no todos se aplican sino de forma metafórica a esa persona a la que el diccionario de la lengua se refiere como "de mucha edad" o "que ya no es joven"; la voz "viejo" (y desde luego, su par en femenino) se utiliza indistintamente para denominar personas y cosas.

Es quizás esa indistinción lo que la ha vuelto tan incómoda y necesitada de eufemismos. El "lenguaje políticamente correcto" —siempre infortunado

e hipócrita— viene en nuestro auxilio con perlas tan notables como "persona de la tercera edad" o "adulto en plenitud". Inmediatamente empiezan a sonar las alarmas: "¡cuidado, cuidado, estás pisando terreno peligroso!" ¿Cómo me atrevo a poner en la misma página, en tan promiscua contigüidad, a la gente "de mucha edad" o "que ya no es joven", con epítetos tales como caduco, arruinado, anticuado, deteriorado, raído o derrotado? Valgan esas características para las cosas —en este mundo de cosas que se vuelven viejas en muy poco tiempo y entonces las tiramos a la basura porque ya no sirven para nada—, pero no para las personas. La idea de una "adultez en plenitud" quiere subrayar que la gente no caduca, nunca es anticuada y, por cierto, no asume ninguna derrota por el sólo hecho de seguir cumpliendo años después de la séptima década.

De manera paradójica, dirigirnos a las personas que ya no son jóvenes como "adultos en plenitud" —en lugar de decirles simplemente viejos/as o ancianos/as, o usar los diminutivos que el habla popular de Chilango-landia todavía despliega con soltura por estos rumbos— no les devuelve su dignidad, sino al contrario: es una manera de subrayar precisamente que la única edad valiosa es la juventud. El lenguaje políticamente correcto que destierra la terminología de la vejez lo único que consigue es barrerla debajo de la alfombra. Entre los lugares más comunes y más visitados por esta ocultación está la idea de que la vejez es sólo un estado de ánimo. De alguna manera queremos convencernos de que se puede seguir siendo joven —y estar en plenitud— durante toda la vida. Ahí es donde viejo/a y vejez se vuelven malas palabras. Insultos. Pensamientos inadecuados. Y, desde luego, vehículos de la discriminación.

Porque la discriminación siempre está basada en alguna clase de certeza física, en la comprobación de una diferencia corporal palpable. Y aquí —con los viejos, como ocurre con las demás formas de la discriminación— se acoge en la afirmación de un postulado de superioridad: inclusive las personas adultas mayores reconocen que ser joven es mejor que ser viejo. Sin embargo, ese juicio de valor se parece demasiado a otros decires no por verdaderos menos mentirosos; por ejemplo, que ser rico es mejor —o más fácil, o más proclive a la felicidad— que ser pobre, güera que prieta,²

² Permítaseme la incorrección política en aras de la discusión; comparto con Marisa Belausteguioita el afán por visibilizar nuestro racismo/clasismo/sexismo con artimañas lingüísticas que pueden parecer ultrajes. Para documentar estas ideas véase Belausteguioita (2009).

nacional que extranjero, sano que enfermo, hombre que mujer; decires que, de alguna manera, se complementan bastante con la idea de que no es mejor la circunstancia, sino la persona a quien esta beneficia —como si alguien se mereciera ser rico, güero, hombre... o joven— y de pronto uno viene y dice que los ricos —los nobles, la aristocracia que ya desde los griegos significaba "el gobierno de los mejores"— son más buenos que los pobres con la misma desfachatez que se dice que los jóvenes son mejores que los viejos.

No obstante, tal afirmación tiene un sustrato material: conforme vamos dejando atrás la juventud, cada vez se hace más notable la pérdida de una ventaja física que antes nos estaba garantizada. Quizá por esa certeza yo había venido a creer —junto con buena parte de mi generación—, en algún momento de desorientación total, que la vejez era una forma de vida defectuosa. A la que le falta algo. Pero nada más pensar un poco y te das cuenta de que es exactamente igual de intensa, fundamental y completa que todas las demás circunstancias de la vida. Ninguna determinante de forma definitiva. (La única [de]terminante es la muerte, y quizá no deba considerársele en ninguna medida como una circunstancia entre todas las demás.)

Uno de los aspectos más impactantes de la vejez es la disminución de la autonomía. Quizá también por eso es tan aterradora: nuestros más vivos temores tienen un fundamento mucho más que imaginario. Se trata de la edad del despojo. Todo en la vejez implica pérdida: se pierden destrezas, afectos, posibilidades. Se pierde el oído y la vista, es decir, los sentidos que funcionan a distancia. Se pierde movilidad. Se pierde el control hasta del esfínter. Se pierde, de manera casi irremediable, solvencia económica. Hace falta ser muy rico para que la jubilación no afecte severamente el poder adquisitivo de las personas. En unos pocos años, los ahorros —de los pocos privilegiados que pudieron guardar y tuvieron previsión y disciplina para pensar en el futuro— se evaporan, las rentas se convierten en una gestión inmanejable y las pensiones se adelgazan. De pronto, gente que lleva décadas de autosuficiencia monetaria se vuelve dependiente. Dejar de trabajar no sólo significa dejar de recibir un salario y las prestaciones asociadas, sino también retirarse del mundo público para recluirse más o menos en el espacio doméstico.

La materialidad se encarga cada día de demostrar, a su manera, con sus reglas, que hay diferencias. Diferencias biológicas —como las que distinguen a los machos de las hembras— perceptibles a primera vista, de manera muy clara, entre gente joven y gente anciana. Pero la analogía es fatalmente imperfecta, porque resulta mucho más difícil —aunque no imposible en estas épocas— transmigrar de un cuerpo de hombre a uno de mujer, y viceversa,

que transcurrir de la juventud a la vejez.³ De ahí la común experiencia: la gente adulta mayor sabe lo que significa haber sido joven de una manera que las personas pobres o prietas suelen no compartir con la experiencia contraria.

Aquí es donde el lenguaje políticamente correcto se manifiesta como el síntoma de un malestar. Sin su concurso tal vez seguiríamos sin darnos cuenta del escándalo que significa el anuncio en un periódico donde se ofrece trabajo sólo a menores de 35 años (de la misma manera que es un escándalo restringir las oportunidades de trabajo a los varones o a las personas "con excelente presentación"). Ciertamente, este esfuerzo por reintegrar con pleno derecho a quienes no son jóvenes en la actividad productiva abrió las puertas de la escuela a toda una generación de mujeres que se dieron el lujo de terminar sus estudios o de echarse un posgrado en su cuarta o quinta o inclusive —como yo misma— en su sexta década. Y sin embargo, el malestar sigue ahí.

Tal vez la manera de encarar el malestar en la denominación requiera de una reinterpretación de la experiencia: ¿qué significan frases tales como "quienes ya no son jóvenes"? No es sólo que estemos construyendo "la vejez" —y "la juventud"— en un sentido imaginario; no es que nada más la estemos "re-significando": la estamos produciendo materialmente como nunca antes había existido. No sólo hay una cantidad mucho más grande (en términos absolutos y relativos) de personas adultas mayores que en cualquier otra época, sino que además las edades a que llegan esas personas tienden a rebasar todas las expectativas promedio de los tiempos precedentes.

En particular, en esta época, durante la cual la inveterada precariedad de la vida humana pareciera haber quedado atrás,⁴ un particular grupo de

³ Este ejemplo es fallido: un/a transexual no dirá "cuando yo era mujer" o "cuando era hombre" de la misma manera en que alguien dice "cuando yo era joven", porque en la transexualidad suele existir la certeza de haber sido desde siempre lo que se reclama en la transformación quirúrgica u hormonal; no se transcorre de un sexo al otro, simplemente se corrige un cuerpo que estaba equivocado.

⁴ Para no discutir sobre esa noción tan resbalosa —"superación de la precariedad de la vida humana"—, me remitiré a la comparación entre indicadores estadísticos y demográficos; como la esperanza de vida media al nacer, que en México, en 1930, era de 34 años (1950=47, 1970=61, 1990=71) y de 2000 a la fecha, de 75. O el crecimiento de la población mundial, la cual en 1750 era de 700 millones; a inicios del siglo XIX, de mil millones; en 1950, de dos millares y medio de millones; para 1975 ya era de más de cuatro mil millones, y en el momento actual se acerca con rapidez a los siete mil millones de personas; véase INEGI (2001; 2009) y Population Reference Bureau (2009; s.f.).

edad —el de 65 años y más— se convirtió en una masa de dimensiones tan considerables que no puede permanecer invisible. Aunque es peor todavía: el inmenso y creciente grupo de las "personas plenas" pretende seguir al frente de la función, anhelo que la gente de esa misma edad en otras épocas ya había dejado atrás pacífica y melancólicamente. El protagonismo —cuya expresión más flagrante es el actual narcisismo exhibicionista de los rockeros de los años sesenta y setenta— que ahora quiere experimentar una enorme masa de adultos/as mayores era excepcional hace dos o tres o cinco décadas: únicamente los genios, las estrellas inmarcesibles —es decir, las que no se marchitan— y los grandes poetas seguían en el candelero después de la vejez, mientras que el común de los vejestorios caducos carcamales se mantenía en una prudente sombra y abría paso a los jóvenes.

Quizá convenga relacionar el problema con un fenómeno cuyo origen tiene que ver con el auge demográfico posterior a la Segunda Guerra Mundial, el famoso *baby boom* que marcó una época de prosperidad sin precedentes, sobre todo en los países industrializados del Occidente capitalista encabezado por Estados Unidos. Las personas ahora "en plenitud" pertenecen a la cultura del *rock and roll*, uno de cuyos lemas fundamentales, allá por la década de los sesenta, conminaba a toda una generación de adolescentes a no confiar en nadie mayor de treinta años. Sólo había una manera en que esa desconfianza podía ser sostenida: morir joven. Aunque, en cierto sentido, tan radical solución viene a ser tan contradictoria como la propia disyuntiva, porque tal vez lo que vuelve tan aterradora la vejez es precisamente su alianza con la muerte.

No digo que la imaginería que abomina de la vejez haya comenzado entonces; por ejemplo, existe una copiosa producción iconográfica donde se relaciona la edad propecta con la repugnancia que desde tiempo inmemorial nos inspira la muerte. Si revisamos el espeluznante volumen de imágenes que colecciona Umberto Eco en su *Historia de la fealdad* (Lumen, 2007), tal vez no nos sorprenda demasiado que las representaciones del mal, la monstruosidad o la vileza tengan que ver tan a menudo con la muerte y con la decrepitud, el mejor reconocido de sus emisarios.

Desde luego, el único requisito de la muerte es la vida; pero los tres Jinetes del Apocalipsis que acompañan al tenebroso personaje —la guerra, el hambre y la peste— suelen ser leídos como circunstancias contingentes, como catástrofes del azar que interrumpen el flujo "natural" de la existencia. En cambio, la vejez simboliza la antesala de la muerte; su mera vecindad con el final de la vida la convierte —como a toda frontera— en un lugar peligroso.

En las décadas de los setenta y ochenta —marcadas para la cultura rockanrolera por los movimientos pacifistas, sobre todo en contra de la guerra de Vietnam, por terribles hambrunas representadas en la tragedia de Bangladesh y, más adelante, por la epidemia del sida—, la solución material al duro dilema entre la vejez y la muerte sólo la asumieron ciertos/as héroes/heroínas de la juventud que decidieron irse pronto —por la "puerta falsa", en la flor de la edad, con más o menos ruido— o nada más se dejaron llevar por la corriente, mientras que la inmensa mayoría optó por seguir viviendo en la extrañísima ilusión de que se podía transcurrir por el tiempo sin envejecer (como si se pudiera llegar a los treinta años sin cumplirlos). Las condiciones de posibilidad de semejante pretensión están apuntaladas en una industria que abarca indumentaria, dieta, acondicionamiento físico, cosmética, endocrinología, odontología, medicina y cirugía plástica, por lo menos. Una industria nacida en los países ricos, pero que se extiende y penetra en los sectores privilegiados —y no tanto— de los países pobres.

Sólo un inmenso esfuerzo disciplinario combinado con un ininterrumpido bombardeo mediático podía perpetuar los estilos de vida de una estirpe que se había propuesto burlar al destino desterrando para siempre a los Cuatro Jinetes: una vez superada la escasez crónica que había azotado a la humanidad desde el principio de los tiempos, una vez evadida —en Estados Unidos— la obligación del servicio militar, una vez encontrado el remedio de las peores enfermedades, a nuestros envoltorios carnales no los alcanzaría la decadencia. Con las nuevas tecnologías del cuerpo impediríamos la senilidad. Y ciertamente —como un ideal que la ciencia prometió a nuestros tiempos con irresponsabilidad proverbial—, nuestra generación sería la primera capaz no sólo de postergar indefinidamente la muerte, sino de erradicarla, como se había erradicado la polio o la viruela.

Julietta cumple setenta años

Es así como la generación que condenó al más absoluto e irracional de los descréditos al grupo de los mayores de treinta años comienza en el nuevo milenio a duplicar la edad límite. Y el calendario sigue corriendo, cada día a mayor velocidad. Hacía falta reconstruir el perfil de la edad propecta para vivirla "en plenitud". De modo que el paso del tiempo y los cambios físicos que impone a nuestros cuerpos adquirieran una nueva y completamente inédita significación. Tener cincuenta años en el momento actual es bien diferente que hace cincuenta años.

Ciertamente, una importante fracción del grupo de las personas "en plenitud" sigue consumiendo, y esto da lugar a fenómenos tan novedosos como el de que algunas películas se entreguen a la misión de recuperar el romance para la gente mayor. *Elsa & Fred*, de Marcos Carnevale (España / Argentina, 2005) debe ser el ejemplo más patético, pero no es el único: la comedia romántica incluye ahora, entre su repertorio de personajes elegibles para los sentimientos más cursis y los rituales de emparejamiento más improbables—incluidos el enamoramiento súbito, la pasión desenfrenada, el noviazgo bucólico y la boda de blanco—, a todos los grupos de edad. El grupo de las "mujeres maduras" es uno de sus blancos más importantes.

Así lo ha comprendido, entre otras, la realizadora Nancy Meyers, quien escribió y dirigió el éxito de taquilla *Alguien tiene que ceder* (*Something's Gotta Give*, 2003), con Jack Nicholson, Diane Keaton y Keanu Reeves. En el momento de la filmación, Nicholson tiene 65 años; Keaton, 56, y Reeves, 38. Aunque los romances que Keaton establece con el galán "en plenitud" y con el galán efectivamente joven son más o menos creíbles (todo depende del humor del que una se haya levantado), la historia marca un contraste realmente notable con la actitud que el cine de consumo masivo desplegó respecto de las mujeres "mayores" entre 1950 y 1990.

Quizás el ejemplo más célebre de aquel tratamiento narrativo se dé en *El graduado* (*The Graduate*, Mike Nichols, 1967), donde la señora Robinson—caracterizada por la bellísima Anne Bancroft a la edad de 35 años— resulta demasiado vieja para un Dustin Hoffman de 29—aunque personifica a un muchacho de 21—; de modo que el chico reconsidera—no sólo la edad, es cierto, sino tal vez de manera bastante aguda también el adulterio— y decide romper con la amante "madura" para luego fugarse con su hija Elaine—estelarizada por Katharine Ross, que en ese momento tenía 26 años— en el mero día de su boda. Hagan cuentas por favor: la diferencia entre Hoffman y Bancroft es de seis años—en la vida real—, mientras que la señora Robinson (cuya edad no encuentro en ninguna de las sinopsis a la mano), si acaso tiene la edad de la actriz que la representa, habría parido a Ross a los nueve años (*coo, coo, ca-choo*).

La magia del cine permite estirar y encoger las edades con bastante elasticidad; no obstante, el manejo del relato en *El graduado* subraya el tabú que representaba el sexo entre personas de diferente generación, sobre todo cuando la persona "mayor" era una mujer. El disgusto que generaba la sexualidad de las "maduras" tal vez era sólo expresión de una actitud mucho más generalizada en Occidente sobre la sexualidad femenina—y sobre la

sexualidad en sí misma— que tenía una ansiosa necesidad de manifestarse en ese momento en argumentos cinematográficos donde se habló sobre la "voracidad sexual" de "la mujer en el ocaso de su vida" —es decir, ¡cuando estaba a punto de cumplir 40 años!—, dispuesta a arrastrarse por la peor de las denigraciones con tal de disfrutar de su "última oportunidad".⁵

El contraste es notable: en el siglo XXI todo parece indicar que aprobaríamos complacientes a una señora de 56 años (Keaton) que sucede a su hija en el amorío con un señor de 65 (Nicholson) y luego se deja seducir por un admirador suyo (Reeves), ¡que tiene 18 años menos que ella! Desde luego, el desenlace reinstaura el orden en este caos cuando al final Keaton elige al "adulto en plenitud" —que la ha tratado, por cierto, con la punta del pie— en lugar de quedarse, como habría hecho cualquier mujer sensata, con el bomboncito enamorado e incondicional.

Están ocurriendo cambios interesantes: en la cinematografía popular, la edad de la "dama joven" —es decir, el personaje principal de la comedia romántica— se ha extendido hasta un límite que ya no está signado ni siquiera por el climaterio. No obstante, ciertos amores siguen estando proscritos. Quizás una de las barreras más protegidas sea la que mantiene una prudente distancia entre hombres muy jóvenes y mujeres muy mayores. Esa barrera la rompió hace cuarenta años una película extraordinaria, *Harold and Maude* (Hal Ashby, 1971), con el enamoramiento —romántico, erótico e intelectual— de un apenas postpúber y una mujer de 79 años. De todas formas, aunque *Harold and Maude* se ha convertido en una obra de culto, la tendencia predominante insiste en que la diferencia de edad no debe ser *demasiado* pronunciada.

De esta forma, el siguiente experimento de Nancy Meyers con "la mujer madura" será *Enamorándome de mi ex* (*It's Complicated*, 2009), donde Meryl Streep personifica, a los sesenta años de edad, a una casi-recién-divorciada que mantiene un casual pero vengativo *affair* con Alec Baldwin, su ex marido. Ya que estamos en esto de las edades, conviene indicar que Baldwin tiene 51 años, mientras que Steve Martin —quien estelariza al galán que, al final del cuento, le ofrece a Streep una "relación seria"— tiene 64 años. Aparentemente, se da por descontado que los ex cónyuges tienen más o

⁵ Vale la pena señalar que aquí la generación no está determinada por la edad, sino por la posición en el conglomerado familiar-social, es decir, el personaje de Hoffman pertenece al grupo de los hijos/as, mientras que el de Bancroft está entre los progenitores; sin embargo, la lectura más inmediata implica la de una confrontación entre una mujer vieja y un hombre joven.

menos la misma edad o se acepta como algo natural que una mujer se case con alguien bastante —caray, casi una década— menor que ella.

Seguramente, las representaciones de la "mujer madura" cambian conforme se abandona, en las prácticas sociales, la estrecha identidad entre sexualidad y reproducción todavía vigente en la primera mitad del siglo pasado. Por una parte, la radical modificación de las costumbres a que condujo el uso masivo de anticonceptivos —el cual originó, en las décadas de los setenta y los ochenta, la denominada "revolución sexual"— alteró por completo la valoración de las prácticas sexuales. Por la otra, la prolongación de la esperanza de vida media tiene como resultado que la sentencia "hasta que la muerte los separe", pronunciada aún en cantidad de ceremonias nupciales, se haya vuelto una condena excesiva.⁶

Tal vez la mera posibilidad de vivir durante más de medio siglo con la misma persona esté perdiendo su aura ideal, sobre todo en una época en que un importante sector de mujeres ha logrado la emancipación económica y tiene entre sus prácticas comunes algo que se parece mucho a la autonomía. Lo que el romance de la edad madura refleja es la aceptación social de que las mujeres tengan más de una —y en muchas ocasiones, muchas más de una— pareja sexual a lo largo de su vida, así como un ejercicio puramente recreativo de la sexualidad. Ciertamente, para Meyers, la edad que viene después de la menopausia es un remanso de tranquilidad donde ya no hay que preocuparse de ningún método anticonceptivo.

En busca del sesentón perdido

No sé dónde exactamente, pero existe en algún lugar de nuestro imaginario el mito inefable de que los varones envejecen mejor que las mujeres.⁷ Se lo he oído decir incluso a mis amigas feministas con irrefutable convicción. La

⁶ En *A History of the Wife* (2002), Marilyn Yalom afirma que: "En la Europa medieval, donde el matrimonio era la norma para casi todas las personas adultas, esposas y maridos estaban generalmente unidos hasta la muerte de uno de los cónyuges. Desde luego, la vida matrimonial entonces, dada la diferencia entre las edades de esposo y esposa [un promedio de quince años] y una menor longevidad para ambos sexos (la esperanza de vida media era alrededor de treinta años), usualmente significó que los esposos raramente estaban juntos por más de diez o quince años" (la traducción es mía). En cambio, ahora, si una pareja se casó entre los veinte y los treinta años tiene una alta probabilidad de celebrar sus bodas de oro.

⁷ Esto, en última instancia, no es nada raro, dado que todo lo que hacen los hombres, en el imaginario se convierte en algo valioso, mientras que si lo hacen las mujeres tiene muy poco

opinión sostendría que a los hombres les va bien la madurez, mientras que a las mujeres nos atropella con inclemencia atroz. Armada, pues, del mito y de mi natural instinto etnográfico, me he dedicado durante los últimos diez años a observar ese fenómeno *in situ*, es decir, en el escenario de mi experiencia subjetiva.

Mi conclusión es, por supuesto, discutible y contenciosa. Desde luego, tengo la intuición de que los hombres y las mujeres envejecemos de manera diferente; pero para entender esto sólo se necesita hacer una extrapolación de lo que ocurre en las otras etapas de la vida. Si las mujeres y los hombres vivimos de manera diferente, no tiene remedio: envejecemos diferente; pero todavía no estoy segura de que se puedan establecer líneas generales sobre dos —y únicamente dos— formas de envejecer, una de las cuales es mejor que la otra.

Pongamos que la historia de la madurez plateada del XY es un mito y, como todos los mitos, funciona al margen de la materialidad concreta.⁸ Es decir, no es precisamente una mentira, sino una manera más bien torcida de decir cierta verdad. No voy a tratar de descifrar aquí esa verdad, porque no estoy de humor para cantarle sus netas al patriarcado. Trataré, en cambio, de reportar los resultados de mi investigación.

Inicio —por razones metodológicas— con el sector más damnificado: las personas mayores de 75 años (o sea, la esperanza de vida media al nacer en el momento actual). Mi materia de observación parece estar en todas partes: en donde trabajo, donde vivo, en el transporte público, la calle, el deportivo, las tiendas, los centros vacacionales. Para que los hallazgos tengan sentido, hay que buscar entre la gente común y corriente, porque si mi sujeto de estudio va a ser Sean Connery o Clint Eastwood, estoy en el hoyo, sobre todo si se siguen negando a contestar mis cartas de amor.

valor, y esto ocurre inclusive con las actividades convencionalmente "femeninas": cuando un hombre se dedica a cocinar, lo que desarrolla es la gastronomía. Una reflexión muy aguda sobre el asunto la lleva a cabo Estela Serret, sobre todo en *El género y lo simbólico / La constitución imaginaria de la identidad femenina* (2001). Entonces ¿por qué habría de sorprendernos que también "envejeczan mejor" que las mujeres?

⁸ El mito despliega ambivalentemente las reglas y valores que organizan la cultura y es un modo de presentar sus contradicciones; por medio de mitos, las comunidades exponen puntos de vista, discuten y llegan a acuerdos. Los mecanismos míticos no son solamente ideológicos, sino también utópicos. Buscan y exploran soluciones (inclusive imposibles) a los problemas humanos. Sus reglas son las del deseo y, por lo tanto, sus escenarios son ilimitados.

Preguntas de investigación: ¿serán estos sujetos capaces de moverme la hormona? ¿Me gustaría sostener con ellos aunque sólo fuera un intercambio deportivo y amistoso? ¿Lograría enamorarme de alguno? ¿Me interesan como amigos? ¿Estaría ansiosa por establecer algún tipo de relación, aunque sólo fuera para asegurarme compañía en la matinée del domingo en Altavista? ¿Habría por ahí algún espécimen siquiera presentable?

Escandalizada yo misma de la frivolidad de mis preguntas, me planteé casi de inmediato objetivos menos ambiciosos, en particular porque después de varias semanas de pesquisa no lograba encontrar todavía un solo sujeto que cumpliera ni de lejos con las condiciones de la definición. La edad de corte —me dije— es muy alta. No hay una adecuación convincente entre el sujeto de la investigación y el sujeto investigado (la diferencia de edad en aquellos entonces era como de treinta años). El atractivo no tiene que ser necesariamente sexual. Podría guiarme por otros indicadores del encanto y el glamour, la gracia y la seducción, es decir, eso que —según el mito de marras— pierden las mujeres, pero los varones conservan o hasta incrementan con el paso del tiempo.

Uno de mis puntos más frecuentes para la observación es el taxi. El taxi tiene una característica muy importante: en la ventanilla del pasajero viene pegado un tarjetón con una fotografía enorme a color y, un poco más abajo, generalmente en el anverso que da hacia el exterior, el registro federal de causantes del chofer. El taxi tiene entonces dos ventajas metodológicas: lo manejan mayoritaria y abrumadoramente varones, y aporta sin ninguna dificultad el dato relevante: la edad del sujeto estudiado.

La primera conclusión es obvia: envejecer, como todo en la vida, no ocurre por fuera de las condiciones de esa vida. No es lo mismo envejecer en la riqueza, disfrutando de un acceso irrestricto a todas las tecnologías del cuerpo que mantienen la vejez a raya, que consumirse en la carencia crónica de satisfactores, en ocupaciones desgastantes o embrutecedoras, en ambientes adversos y desdichados. También hay que contar, por supuesto, los atributos personales, que se reparten de maneras tan variadas y con tan poca equidad. Todo eso, más el factor suerte, determina la gracia o el infortunio con que cada quien va transcurriendo por la tercera o la cuarta o la quinta edad.

Abordo, pues, el taxi, y observo con atención la fotografía a mi derecha. Hay un efecto de la ley de gravitación universal que produce lo que denominaré aquí la "cara de pera". Consiste en un ensanchamiento del rostro a partir de las mejillas y hacia abajo, de modo que el cuello queda oculto por

una profusión de carne. O sea, en virtud de la gravedad se cae todo, inclusive la piel de la cara y lo que hay dentro. De modo que cada día nos parecemos más a esos perros de caricatura que tienen los cachetes colgantes. Quién sabe por qué la foto de identificación de mis taxistas resalta esa característica de manera encarnizada en casi todos mis sujetos de investigación. Hay otros rasgos que indican la edad, pero este es el más conspicuo en las fotos: cara de pera, pienso, y consulto el RFC. Para mi creciente horror, muchos choferes con cara de pera reportan fechas de nacimiento posteriores a 1953, o sea, son menores que yo. Y tal vez esto sea lo que da al traste con el proyecto.

De todas formas, decir que los hombres envejecen mejor que las mujeres es dar crédito a una generalidad sin sentido, particularmente en este siglo, porque el propio mito proveyó razones muy poderosas a muchas mujeres para oponerse de manera activa a los estragos del tiempo, a diferencia de lo que ocurre con muchos varones, que quizá se confiaron del mito y se dejaron arrollar por la edad. Y para cada caso habrá un contraejemplo, como ocurre siempre con las generalidades en el mundo de lo humano.

Desde luego, conozco hombres que han envejecido de manera deliciosa, señores a los que les sienta bien la edad y cuyo atractivo se incrementa con el paso de los años; pero la enorme mayoría de la gente —hombres y mujeres por igual— sufrimos el proceso a duras penas y vamos quedando, como los toros de lidia, pa'l arrastre. Tal vez el peor problema de este mito de género sea el postulado de una "manera de envejecer" virtuosa —y recuérdese que "virtud" tiene la misma raíz que "viril"— con una carga tan importante de implicaciones morales. La vida misma enseña que se envejece como a cada quien le toca; es un asunto determinado en mucha mayor medida por el azar que por la virtud.⁹

Por lo que respecta a mi experiencia personal, mi punto de vista está sesgado por mi contacto con una enorme cantidad de mujeres, de tal vez no muy diferentes extracciones, las cuales me permiten presenciar formas de envejecer en femenino que no le piden nada a las míticas expresiones de la madurez masculina. En particular, me tocó atestiguar la llegada al medio siglo de una generación de líderes que a esa edad estaba comenzando a

⁹ El doble estándar se manifiesta aquí de manera flagrante: cuando es una mujer la que se opone al envejecimiento, resulta particularmente sospechosa, de modo que las cirugías estéticas de las actrices siguen causando mucho más escozor que las técnicas corporales de los varones famosos, cualesquiera que estas sean.

cosechar los frutos de toda una vida de trabajo y dedicación. Habría que entender con más precisión por qué estas mujeres llegaron a la cúspide de su carrera a los cincuenta años. Lo cierto es que hoy tienen tal capacidad de acción, reconocimiento social, influencia, prestigio y poder, que ciertamente me cuesta mucho trabajo asociarlas con los manidos estereotipos de la vejez femenina. ¿Significa que no envejecieron? ¿Significa que están envejeciendo "mejor" que el resto de la gente?

Además, estoy cerca de un grupo de mujeres extraordinariamente longevas —entre ellas mi madre— en mi propia familia. He visto envejecer a algunos hombres, pero sobre todo, he visto envejecer mujeres. Debe tener que ver con el hecho demográfico fatal de que la esperanza de vida media al nacer es diferente entre los sexos.¹⁰ Ocurre que en mi familia, la generación que me precede conserva un solo representante de la especie XY.

De los diez vástagos de mi abuela materna —que nacieron entre 1916 y 1933—, sólo quedan las siete mujeres; los tres varones murieron no precisamente jóvenes, pero sí todos. De las seis hermanas que se casaron, cinco son viudas. De las tres cuñadas quedan otras dos viudas. Es decir, de 19 personas (diez mujeres y nueve hombres, o sea, nueve matrimonios y una soltera) que constituyen mi muestra familiar quedan vivas diez (siete hermanas + dos cuñadas + mi papá), nueve de las cuales son mujeres. Tienen entre 77 y 91 años. Ciertamente, la escasez de personal masculino impide hacer comparaciones internas, pero sí se puede establecer alguna clase de apreciación respecto de cómo envejecieron las mujeres.

Dos años de viudez

La abuela paterna de mi hija Mónica —ese retoño al que no tuve que concebir, gestar, parir ni criar, que llegó a mi vida cuando ella tenía 18 años ya y me nombró su segunda o tercera madre con la condición de que yo nunca adoptara otra hija— era hermana de Fernando Soto "Mantequilla", y cuenta su nieta que era inclusive más simpática que él. Cuando murió su marido, la abuela Marina solía decir con indudable autoridad: "una mujer decente debería tener derecho por lo menos a dos años de viudez".

¹⁰ Para la población del mundo en 2009, la esperanza de vida es de 67 y 71 años, respectivamente; para todo el continente americano, de 72 y 78; para México, de 73 y 78; o sea, la diferencia es de cuatro, seis o cinco años —siempre a favor de las mujeres— según dónde estemos paradas. Véase Population Reference Bureau (2009).

Y no es que renegara de su esposo o de su matrimonio de casi cinco décadas; a menudo escenificaba un ritual amoroso que consistía en escuchar *Te extraño* de Armando Manzanero mientras se tomaba una copa de tequila y dejaba escapar unas cuantas lágrimas. Pero reconocía con clarividencia que la viudez tiene ventajas. Para muchas mujeres de esa generación —sobre todo después de matrimonios muy largos a los que habían llegado directamente de su casa paterna— era la primera experiencia de una verdadera autonomía.

En 1965, René Allio exploró el tema en *La vieja dama indigna* (*La vieille dame indigne*). Cuando vi la película no entendía aún —porque en aquel entonces, caray, yo era demasiado joven— que la indignación del hijo (la cual reflejaba quizá la del público en general) ante la desfachatez de una viuda entregada al disfrute bajo la influencia de una joven de mala reputación no provenía en realidad de un escrúpulo moral, de una exigencia de recato o del amor filial ultrajado ante un duelo que no había sido suficientemente llorado. El escrúpulo y la exigencia eran nada más una forma de tapar la verdadera motivación de la censura: la viuda se estaba gastando la herencia en frivolidades. En vez de llevar una vida austera y discreta, derrochaba a manos llenas el de por sí escaso patrimonio familiar en viajes y lujos que no necesitaba; porque en el esquema tradicional, una mujer —y sobre todo, una esposa, una madre— no debería necesitar nada para sí misma. Los bienes la atravesarían para ser transmitidos de generación en generación. En última instancia, ella vendría siendo a su vez un bien más o menos mueble. En fin, la vieja dama indigna no entendía eso. Y malaconsejada por su amiguita, peor.

En esta fábula se resquebraja la visión tradicional en dos frentes; por un lado, para la vieja dama indigna, la muerte del marido no era una tragedia, sino una liberación. Además, se sentía en pleno derecho de usufructuar de unos bienes que también le pertenecían, dado que llevaba mucho tiempo trabajando en el cuidado y el mantenimiento de su hogar. Pero esta mirada implica considerar a una mujer —la viuda— como un fin en sí mismo, cuando la mayoría de las culturas y de las épocas niegan esa consideración con asombrosa uniformidad.

Por ejemplo, en *Agua* (Deepa Mehta, 2005) se devela una visión mucho más cruda de la viudez; basada en hechos históricos, la película cuenta cómo en India, todavía en la primera mitad del siglo XX, ciertas viudas pertenecientes a la tradición hindú eran recluidas en casas especiales. En el ashram de Varanasi, donde transcurre la trama, las condiciones de vida son particularmente críticas: en ciertos momentos, la casa no cuenta con otros

recursos que los que aporta la explotación de una de las reclusas gracias a una pequeña red de prostitución. Las mujeres ahí encerradas no sólo tienen completamente restringida la posibilidad de movimiento —con mecanismos de identificación tales como la ropa y el corte del cabello—, sino que además viven en la pobreza (para contrarrestar el karma) durante el tiempo que les resta de vida después de la muerte de sus maridos. El problema se agrava cuando vemos que todavía en 1938 subsiste la tradición de casar niñas pequeñas con hombres de edad avanzada; pero aquella es harina de otro costal. Lo interesante es constatar la existencia de imaginarios donde las mujeres no tienen existencia como sujetos; donde son consideradas como objetos, bienes o propiedades. En la vejez, esta consideración es especialmente desventajosa. Por eso la frase "viuda pobre" resulta casi un pleonasma.

Mi experiencia más cercana de la viudez es de segunda mano, a través de las seis hermanas viudas de mi madre. Es probable que ellas coincidan muy poco con mis apreciaciones; quizá mi mirada se orienta demasiado hacia una interpretación sobre el sentido de la vida de las mujeres, mientras que la vivencia de sus propias biografías, desde dentro, es imposible de enmarcar en una teoría, por brillante que esta sea.

Creo que los seis matrimonios fueron "buenos" en el mejor sentido de la palabra, aunque ninguno perfecto. Todos se enfrentaron a los problemas comunes de la vida y fueron saliendo a marchas forzadas de los atolladeros. Y cuando se terminaron todos a causa del determinante absoluto de la muerte, dieron lugar a una nueva etapa que las viudas abrazaron con bastante naturalidad. Es decir, de ninguna supe que tuviera ni la más mínima intención de volver a casarse.

Tengo la impresión de que, con diferentes grados de dolor y diferentes expresiones de la tragedia, las seis han sobrevivido a los finados con entereza. Para las seis se han abierto oportunidades y todas ellas las han asumido, cada una en su estilo personal. Todas han sabido "seguir viviendo". Todas han vuelto a conocer la alegría y la algarabía de la fiesta. Todas se han consolado más o menos en sus descendientes. Algunas ya son bisabuelas y una —la mayor— ya se graduó de tatarabuela. Para muchas, la viudez y la vejez llegaron más o menos al mismo tiempo.

Siempre que las veo reunidas alrededor de una mesa en la celebración de algún bautizo, cumpleaños, boda, día de las madres o navidades, recuerdo el *dictum* de Marina Soto, la prestación social que debería elevarse a derecho constitucional, y creo que tenía razón: mis tías no son unas "viejas damas indignas", pero tampoco son viudas inconsolables y desamparadas.

Aparentemente, disfrutaban la posibilidad de tomar sus propias decisiones y algunas se la pasan realmente bien. Es decir, no hace falta suponer que el matrimonio de una viuda feliz hubiera tenido que ser especialmente inmundado para que ella disfrutara su nuevo estado.

En fin, el caso es que, de las siete hermanas, la única que no es soltera es mi mamá. Y, para como van las cosas, es bastante probable que no le toquen sus dos años de viudez.

La de Fierro

Tal vez todos los seres humanos creemos que nuestra madre es extraordinaria. O quizá sea sólo yo; no me pienso detener a averiguarlo en este momento. En marzo de este año, mi madre cumplió 89 años. Antes de ese momento, tenía yo muy pocas razones para reflexionar acerca de la vejez. Desde luego, los momentos son fracciones del tiempo muy elásticas; en el uso más común del término, un momento dura menos que un segundo, pero de pronto lo usamos para denominar un proceso mucho más lento y tardado. Creo que la mejor manera de explicar mi perspectiva sobre la vejez de mi madre pasa por la reflexión de ese momento en que dejó de ser una muchacha de más de ochenta años para convertirse en una anciana frágil.

Desde luego, la historia tiene que remontarse un poco más atrás. La familia de origen de mi madre es una especie de clan, un grupo heterogéneo y cerrado donde no faltan las rencillas inmemoriales, pero que ha funcionado como el centro del mundo para cada uno de sus integrantes. Las siete hermanas que sobreviven a la debacle del tiempo siguen conformando una tribu muy estrechamente unida. Una de mis primas asegura que cuando se muera una, "las otras se van a ir yendo como las perlas de un collar cuando se rompe el hilo".

Para resumir, digamos solamente que a mi mamá sus hermanas la apodan "La de Fierro". Además de la obvia ironía, hay una profunda admiración compartida; mi mamá es la segunda de las mujeres, y la primera se casó muy joven, de modo que mi madre quedó al frente de las demás y ejerció una autoridad que todavía no termina de disolverse. Una de mis tías —la que este año cumplirá 85 años— me dijo hace pocas semanas: "tu mamá era la persona más libre que yo haya conocido en mi vida... hasta que se casó".

De las siete mi madre es, entonces, la de fierro. No creo que el apodo venga de muy lejos. Sospecho que empezaron a aplicárselo cuando les llegaron los achaques de la edad madura y se reunían a reseñar las dolencias y dolores que estaban haciendo presa de ellas. Mi madre, que tiene un

asombroso umbral para el dolor, no se quejaba nunca de nada, nunca se enfermaba, nunca estaba cansada. Y lo más probable es que mirara a sus atribuladas hermanas con cierto desdén, sin preocuparse en disimularlo. Ella es dura, fuerte, resistente, fría, inflexible, inagotable. Como el fierro.

De manera especial, siempre estuvo muy orgullosa de hacer todo rápido y bien. La más veloz y la más eficiente de las personas en los asuntos de la vida práctica. Se pasó la vida trabajando dentro y fuera de casa. No se retiró de su pequeñísimo negocio comercial sino hasta los ochenta años. Y cuando veo el desastre en que se va convirtiendo paulatinamente el pequeño departamento en que ahora viven, me doy cuenta de la enorme cantidad de trabajo doméstico que mi madre hacía hace apenas unos meses.

Mi medida del momento en que mi madre "dio el viejazo" está pautada por nuestra ida al club. Desde hace unos diez años, me la llevo conmigo dos veces a la semana a nadar. Esto, desde luego, sentó un cambio sin precedentes en nuestras vidas: hasta entonces, era ella la que nos llevaba y se llevaba a sí misma a todos lados sin necesidad de ninguna ayuda (una de sus frases preferidas es la de que "yo no necesito vejigas para nadar"). Pero hace como diez años, mi mamá dejó de manejar. Es imposible determinar la cantidad de autonomía que pierde una persona cuando se vuelve incapaz de utilizar un medio de movilidad tan portentoso. Dejar de manejar significó para mi madre que había que llevarla y traerla a donde fuera. Llevaba décadas decidiendo por sí misma —dentro del margen de libertad que le dejaba el hecho de estar casada... con mi papá— a dónde y a qué horas moverse. Ahora, dependía de que alguno/a de sus hijos/as la sacara (porque su marido dejó de manejar antes que ella).

Al principio, íbamos al club a las siete de la mañana; yo me metía a nadar en la alberca y ella caminaba, pero un día se cayó y entonces le pedí que mejor nadara. Como yo tenía que llegar a la oficina a las nueve, la urgía a que estuviera lista a tiempo. Nadábamos media hora y en otra media hora había que bañarse, vestirse y arreglarse. No me vean así: ¿saben quién me imbuyó esos ritmos (junto con mis obsesivos hábitos de higiene)? Obviamente: La de Fierro.

No sé en qué momento decidí que las siete de la mañana era demasiado temprano para nadar en una alberca al aire libre. En todo caso, tenía la coartada perfecta: no podía exponer a mi mamá al frío de la madrugada. Quizás uno o dos años seguimos yendo a las siete de la mañana durante el verano y en el invierno comenzamos a ir por la tarde. Y luego la tarde se volvió la norma: yo pasaba por mi mamá al salir del trabajo y me la llevaba al club.

Al principio, en el momento en que traspasábamos la puerta del baño del club, cada una se organizaba por su lado. Nos encontrábamos a la salida, yo siempre con prisa: tengo mucho qué hacer, por favor apúrate.

Para ella era tan importante como para mí hacer un poco de ejercicio, aunque a veces creo que lo más anhelado para mi mamá era salir de su casa y ocuparse un ratito nada más de sí misma. Entregarse al disfrute, darse tiempo en el arreglo personal, en fin, hay algo muy hedonista en bañarse. Pero además, le encanta el agua. En la alberca es como una niña: no se quiere salir.

Cada una seguía su rutina sin que nadie se metiera en la intimidad de la otra. Yo no sabía cuánto apreciaba mi mamá su intimidad hasta que tuve que empezar a ayudarla a vestirse. Esa primera intrusión en su espacio no le gustó nada, y hoy sigue sin gustarle que alguien tenga que ayudarla, pero entonces se podía oponer con toda claridad y entonces yo me tuve que armar de paciencia, porque cada día se tardaba un poquito más. Y es que cada día le costaba más trabajo moverse. Movimientos elementales, como los necesarios para calzarse los calcetines o abrocharse la blusa, se iban convirtiendo en proezas.

Conforme las esperas se fueron volviendo cada vez más largas, yo traté de tomarme la vida con calma. Durante años, me llevaba un libro y leía mientras salía mi mamá. Debo haberme echado la mitad de la bibliografía del doctorado en las banquitas. Era relajante. Yo leía y ella se tomaba todo el tiempo que necesitaba. No sé cuándo empecé sospechar que ya no estaba pudiendo sola. Tal vez hace sólo unos meses. No era nada más que se tardara demasiado en salir, sino que además empezó a tener una cantidad inusual de accidentes en casa, y empezamos a preocuparnos por esa pérdida del equilibrio que después de una interminable batería de estudios clínicos todavía no se sabe a qué se debe. De pronto me di cuenta de que mi madre requería ayuda en ese su espacio de intimidad tan celosamente guardado. Primero, ayuda para vestirse y, mucho más recientemente, inclusive ayuda para bañarse.

Un alarmante foco rojo se encendió el día en que ya no pudo salir de la alberca por la escala vertical. Hasta entonces, se tardaba un poquito y era evidente que cada vez le costaba más trabajo trepar hasta el nivel del suelo. Esta vez, simplemente se quedó trabada a mitad del camino sin poderse incorporar. Nos tuvieron que ayudar varias personas para sacarla del atolladero.

Junto con este deterioro de las habilidades físicas, mi madre se ha ido quedando sorda desde no sabemos hace cuánto, porque mientras pudo ocultarlo, lo ocultó. Es decir, hay un orgullo exacerbado en la capacidad de mi madre para autocontrolar su cuerpo. Una disciplina tenaz, cerrada.

No en balde, mi madre es la única de las siete hermanas que nunca ha tenido problemas de obesidad: desde que nació su primer hijo —embarazo durante el cual subió creo que veinte kilos— aprendió técnicas para bajar de peso —y para hacer desaparecer la panza— que aplicó siempre, sin ninguna alharaca, ella solita por su cuenta.

La sordera avanzó gradual y fatalmente hasta que era imposible ignorarla. Y luego comenzó la gran batalla para obligarla a usar aparatos auditivos. Les decimos "los oidores". Simplemente no quiere ponerse ninguna clase de prótesis. La misma historia se repite con el bastón, y ahora con la andadera. Por no hablar de los pañales. Sospecho que no soporta la mera idea de entregar a un aparato el pleno dominio de su envoltura corporal, ese único territorio donde quizás ha podido experimentar una verdadera soberanía.

La sordera la fue aislando. Y no sé si a consecuencia de la falta de oído, mi madre pierde lenta e irreversiblemente el habla. Aunque siempre quedará la duda al respecto: ¿hay una causa física, medible, algo que tiene que ver con la irrigación sanguínea o el funcionamiento de los sistemas neurológicos, o es una manera en que el inconsciente se niega a seguir respondiendo a las exigencias de una vida férrea? Porque, curiosamente, cuando la llevamos a la clínica de la memoria, mi madre saca 27 de 30 aciertos en un test donde le preguntan desde la fecha del día hasta su estado civil. Habla con fluidez, sin titubeos, sin equivocaciones. Pero esta es una respuesta que ella siempre ha desplegado cuando de médicos se trata, pues si de algo no quiere depender mi madre es de la profesión médica. Desde siempre, se resiste como gato boca arriba a los tratamientos, las medicinas, las intervenciones quirúrgicas. Para que mi mamá vaya al médico tiene que estarse muriendo, y recuerden que su umbral del dolor es asombrosamente alto.

Si hiciera falta alguien para capitanear un barco de bucaneros perdido bajo una tormenta en los mares del sur con una amenaza de motín a bordo y un brote declarado de peste bubónica, mi mamá sería la indicada para el cargo. Pero no es el tipo de persona más adecuado cuando de lo que se trata es de cuidarla y curarla. Al barco lo llevaría a puerto en tiempo récord con sólo un par de ejecuciones para escarmiento general y medidas higiénicas suficientes para que la enfermedad no progresara. En cambio, a mí me trae en chinga y no hay manera de que haga caso de las indicaciones más elementales. Está empeñada en seguir al mando de su vida y resiente de manera profunda todas las intrusiones que perpetro en contra de su preciosa intimidad.

Durante el más reciente de sus accidentes, me tocó cuidarla durante más de una semana; coincidió con mis vacaciones. Estuvo increíblemente frágil.

En ciertos momentos la vi pequeña y endeble como un bebé. Pero, en alguna conversación con mi padre, comentamos la fortaleza y el vigor que todavía tiene La de Fierro. "Como dicen en mi tierra", dijo mi padre, "tiene muy buena encarnación". Se refería a la capacidad para cicatrizar, a la rapidez con que los tejidos se regeneran; pero la frase puede aplicarse a todos y cada uno de los detalles que configuran su persona: una buena encarnación. Dudo haber heredado esa fortaleza.

Después de toda esta historia, no puedo evitar una serie de pensamientos que me abruman, todos ellos relacionados precisamente con la encarnación, con nuestro estar en el mundo en la forma de cuerpos materiales entregados fatalmente a la miseria del desgaste y la decrepitud. Me temo que llevamos un rato largo perdiendo el tiempo en la búsqueda de la fuente de la eterna juventud, en vez de encarar el irremediable y previsible futuro.

En *The Coming Population Crash* (2010), Fred Pearce comenta que entre el momento actual y 2030, alrededor de ochenta millones de *baby boomers* se jubilarán en Estados Unidos. Para entonces representarán la quinta parte de la población total de ese país. En 1945, por cada jubilado había 42 trabajadores; en el momento actual ese número se ha reducido a tres y hacia 2030 será de dos. En Alemania, Francia y Japón hay escasamente dos trabajadores por cada pensionista; en Italia, menos de 1.3. En Francia y Alemania, la proporción promedio del producto interno bruto dedicada a pensiones y cuidados médicos para los adultos mayores se está acercando a 20%. En Italia, hacia 2030 será de 30%.

Según Pearce, el momento actual es quizá el último en la historia en que tendremos más jóvenes que viejos. En 2015 rebasaremos ese pico. En América Latina y el Caribe, hacia 2030 la proporción de gente vieja será el doble que la gente joven. Hacia 2050, China tendrá 400 millones de mayores de sesenta y 150 millones de mayores de 75 años; en el planeta habrá 1 500 millones de mayores de 65 años, y 1 200 millones de esos estarán en el lado pobre del mundo. La pregunta relevante es: ¿quién va a cuidar a todas esas personas? En este siglo, como dice María de Jesús Izquierdo, la gran cuestión será la del cuidado.

Cada día que me enfrento a la delicada y compleja actividad de cuidar a mi madre me doy cuenta de la escasa —si alguna— racionalidad de nuestro mundo con respecto a las personas que necesitan ser cuidadas. Nuestra ciudad es hostil a toda la gente, pero inmisericorde con las criaturas, con las personas enfermas, con quienes tienen que andar con muletas o en silla de ruedas, con quienes no ven u oyen y, ciertamente, es brutal con la gente

vieja. Es difícil desplazarse por las calles con dos buenas piernas y todos los sentidos despiertos; para alguien que ha perdido o no ha tenido nunca esas ventajas, es casi imposible. Y también es difícil vivir en nuestros interiores llenos de escaleras, con muebles diseñados para espacios más grandes que donde los embutimos. En fin: el ambiente para las personas de edad avanzada es muy poco hospitalario. Y no estamos haciendo nada para cambiarlo ahorita que quizá todavía es tiempo.

Pero, sobre todo, estamos ignorando un trabajo —realizado en su inmensa mayoría por mujeres— que no se paga y es indispensable, urgente, demandante y agotador. La generación que nos precede cuenta todavía con cierto colchón en la familia y en la tradición de cuidado que se alberga en las prescripciones de la feminidad. En México, las mujeres —que viven en promedio cinco años más que los varones y se casan en promedio con varones un poco mayores que ellas— han estado haciendo ese trabajo y han amortiguado un problema que en el mundo industrializado comenzó a verse mucho antes: las esposas y las hijas se encargan de los viejitos y el asilo se considera un abandono.

A nuestra generación, que soñó con la inmortalidad, que practica una técnica de resistencia al envejecimiento cada vez más falsa, le va a tocar una familia bastante más escuálida. ¿No será el momento de prever nuestra vejez, en lugar de necear con que seguimos siendo jóvenes? ●

Bibliografía

- Belausteguigoitia, Marisa (coord.), 2009, *Güeras y prietas. Género en la construcción de mundos nuevos*, Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, México.
- INEGI, 2001, *Indicadores sociodemográficos de México (1930-2000)*, disponible en: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/sociodemografico/indisociodem/2001/indi2001.pdf.
- INEGI, 2009, *Esperanza de vida por entidad federativa según sexo, 2005 a 2009*.
- Pearce, Fred, 2010, *The Coming Population Crash and our Planet's Surprising Future*, Beacon Press, Boston.
- Population Reference Bureau, s.f., *Graphics Bank: Population Basics*, disponible en: <http://www.prb.org/Publications/GraphicsBank/PopulationTrends.aspx> [consulta: 4 de mayo de 2010].
- Population Reference Bureau, 2009, *Cuadro de datos de la población mundial 2009*, disponible en: <http://www.prb.org/Publications/Datasheets/2009/2009wpds.aspx> [consulta: 4 de mayo de 2010].

Serret, Estela, 2001, *El género y lo simbólico / La constitución imaginaria de la identidad femenina*, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, Serie Sociología).

Yalom, Marilyn, 2002, *A History of the Wife*, Perennial, Nueva York.